Una taza en la otra mano

Por Shyvirelle

Reparto y condiciones de representación

MARTA: hermana mayor, organiza los ensayos como si fueran un horario de trenes. Le preocupa que el baile de la fiesta termine en una discusión familiar.

LUCÍA: hermana menor, enseña con entusiasmo y cambia de método en cuanto alguien parece no entenderla.

RAFAEL: padre de ambas, paciente hasta cierto punto. No se niega a bailar; se niega a parecer una equivocación ambulante.

Duración orientativa: 8–10 minutos, según las pausas y las repeticiones deliberadas de movimientos. **Lugar único:** sala de estar o salón de ensayo despejado. **Utilería:** una taza vacía, ligera e irrompible; tres marcas de cinta en el suelo, separadas a una distancia cómoda; una silla. No se necesita música, líquido, calzado especial ni pasos acrobáticos. Todos los desplazamientos son cortos y pueden hacerse caminando. Los tres personajes permanecen en escena hasta la salida final.

Escena única

(RAFAEL está de pie junto a una silla. Sostiene una taza vacía. MARTA comprueba las tres marcas del suelo; LUCÍA mide un paso con la punta del zapato. Ninguna marca obliga a girar ni a saltar.)

MARTA: Tenemos cuarenta minutos antes de salir a la fiesta. Si aprendemos el comienzo, lo demás se puede improvisar.

RAFAEL: Eso decías cuando montamos el armario. Lo demás fue una puerta al revés.

LUCÍA: Ahora no hay puertas. Solo una taza.

RAFAEL: Una taza vacía. Eso ya me parece una falta de hospitalidad.

MARTA: La taza es para que sepas dónde tienes la mano. En la fiesta los tres entraremos juntos, daremos dos apoyos y haremos un cambio.

RAFAEL: ¿De mano o de opinión?

LUCÍA: De lugar. Pero primero pon la taza en la derecha.

(RAFAEL la cambia a la mano derecha. MARTA frunce el ceño.)

MARTA: No. En la izquierda. Yo me pongo a tu derecha y Lucía a tu izquierda. Si la taza está en tu derecha, choca conmigo.

LUCÍA: Si la pones en la izquierda, choca conmigo.

RAFAEL: Me gusta que la taza sea el miembro más solicitado de la familia.

MARTA: Podrías dejarla en la silla.

LUCÍA: No, porque entonces no aprende el brazo.

RAFAEL: ¿Qué brazo? Llevo dos desde hace bastante tiempo. Ambos han colaborado sin formación específica.

(RAFAEL levanta las dos manos, una con la taza. LUCÍA señala la marca central.)

LUCÍA: Párate ahí. Cuando yo diga «uno», pisas con el pie izquierdo. Cuando diga «dos», cambias el peso al derecho. Es facilísimo.

MARTA: Falta la preparación. Yo digo «preparados» y levantas el talón.

RAFAEL: Levanto el talón. ¿Eso cuenta como pisar?

MARTA: No. Es antes del uno.

LUCÍA: Para mí es el uno chiquito.

RAFAEL: Entonces tenemos un uno grande y uno chiquito. ¿Cuántos unos caben en dos pasos?

MARTA: Papá, no te distraigas.

RAFAEL: Estoy intentando seguir una aritmética que cambia cada vez que me miran.

(Prueban una entrada. MARTA dice «preparados», LUCÍA dice «uno» casi al mismo tiempo. RAFAEL levanta el talón, mueve la taza de mano y queda con los pies juntos.)

LUCÍA: ¡Bien la mano! ¡Mal los pies!

MARTA: ¡Bien los pies! ¡Mal la mano!

RAFAEL: Me alegra haber logrado un empate.

LUCÍA: Otra vez. Taza a la derecha.

MARTA: A la izquierda.

RAFAEL: ¿Puedo ponerla en la cabeza y firmamos la paz?

MARTA: No se pone una taza en la cabeza para bailar.

RAFAEL: Hasta hace diez minutos tampoco se usaba una taza para saber por qué pie se empieza.

(LUCÍA da dos pasos minúsculos de demostración. MARTA hace los mismos, pero comienza un instante antes. RAFAEL observa desde la marca central.)

RAFAEL: ¿Pueden hacerlo juntas, por favor?

LUCÍA: Lo estamos haciendo juntas.

RAFAEL: Una de ustedes ya terminó cuando la otra está empezando. Yo puedo equivocarme solo sin contratar dos directoras.

MARTA: Es que Lucía cuenta el movimiento y yo cuento el apoyo.

LUCÍA: Son casi lo mismo.

RAFAEL: «Casi» es una palabra peligrosa para alguien con dos pies.

(MARTA coloca la silla al fondo, fuera del recorrido. RAFAEL deja la taza en el asiento.)

MARTA: Miren. Sin taza. Yo aviso, Lucía da la señal y papá pisa. Tres funciones distintas.

LUCÍA: Pero él no sabrá qué hacer con la mano.

RAFAEL: La mano puede esperar el resultado de las elecciones.

MARTA: Papá, colabora.

RAFAEL: Llevo un buen rato colaborando con una taza que no tiene ni agua.

(Las hermanas se miran. Se hace una pausa breve; por primera vez ven que su padre está molesto.)

LUCÍA: Queremos que en la fiesta te sientas cómodo.

RAFAEL: Entonces déjenme hablar antes de corregirme. No me molesta aprender un paso nuevo. Me molesta que cada intento termine con alguien agarrándome la muñeca y cambiándome la taza de sitio.

MARTA: No nos habíamos dado cuenta.

RAFAEL: Yo sí. Tengo la muñeca aquí mismo.

(MARTA respira y se coloca a la misma distancia que su hermana.)

MARTA: Tienes razón. Vamos desde el principio. ¿Qué parte te cuesta?

RAFAEL: Ninguna por separado. Lo que no entiendo es cuándo empieza «principio». Marta me dice «preparados» y yo pienso que debo moverme; Lucía dice «uno» cuando ya estoy en el aire. Mi pie llega antes que su número.

LUCÍA: ¡Eso! Contamos cosas distintas.

MARTA: Yo cuento la intención de pisar. Tú cuentas el contacto con el suelo.

RAFAEL: Y yo cuento los segundos que faltan para la cena.

LUCÍA: Quizá necesitamos un sonido que sea de verdad el comienzo.

RAFAEL: Puedo enseñarles el que yo hacía cuando iba a las verbenas. No sé si les servirá.

MARTA: ¿Tú tienes un paso?

RAFAEL: Tengo varios. No los saco mucho porque se asustan con la luz.

(RAFAEL se coloca entre las dos marcas laterales. Vuelve a la silla y recoge la taza con ambas manos. Las hermanas lo miran.)

RAFAEL: Cuando éramos jóvenes nos pasábamos una taza de mano en las reuniones. Era un juego, no una coreografía. Quien la tenía decía «voy». Quien la recibía decía «ya». La taza no marcaba qué mano era la correcta; marcaba cuándo habíamos terminado de apoyarnos.

LUCÍA: ¿Y si alguien no quería tomarla?

RAFAEL: Entonces decía «sigo» y nadie tiraba de ella. Era una regla bastante civilizada.

MARTA: Enséñanos.

RAFAEL: Primero sin pasar nada. Yo digo «voy» y pongo un pie firme en el suelo. No importa cuál. Cuando mi peso está quieto, digo «ya». Después doy otro apoyo. Puedo hacerlo casi sin moverme.

(Lo demuestra muy despacio: primer apoyo, pausa, segundo apoyo. MARTA y LUCÍA lo imitan en sus lugares. Nadie toca a nadie.)

RAFAEL: ¿Lo ven? No bailan los números. Bailan ustedes.

LUCÍA: Si yo digo «uno» mientras tú todavía estás colocando el pie, te adelanto.

MARTA: Y si yo digo «preparados» como orden de salida, lo hago salir antes de tiempo.

RAFAEL: Exacto. A eso le llamaba yo una reunión familiar.

(Ríen. MARTA mira la taza.)

MARTA: Probemos ahora con la taza. Tú decides la mano.

RAFAEL: Bien. Pero no he olvidado que está vacía.

LUCÍA: Qué insistencia con eso.

RAFAEL: Ensayo para cuando sirvan la merienda.

(RAFAEL hace un apoyo y dice «voy». Ofrece la taza a LUCÍA, sin estirar el brazo más allá de lo cómodo. Ella toca el asa, apoya un pie y responde «ya». Toma la taza. MARTA observa el tiempo, no la mano.)

MARTA: Espera. Yo iba a decir «dos», pero ahora no me hace falta. Veo cuándo termina.

LUCÍA: Yo también. Papá, antes me parecía que tardabas; ahora sé que estaba hablando demasiado pronto.

RAFAEL: Es una enfermedad curable.

LUCÍA: No te emociones.

MARTA: Ahora voy yo. Lucía, puedes pasarme la taza o quedártela. Lo importante es el apoyo.

(LUCÍA elige pasarla. MARTA la recibe al decir «ya». Los tres quedan un instante en sus marcas.)

RAFAEL: Bien. Ese es nuestro comienzo. Dos apoyos, un cambio posible y nadie tiene que dar un salto.

LUCÍA: Pero la fiesta espera un baile. Si nos quedamos haciendo esto, parecerá que buscamos una moneda en el suelo.

MARTA: Después de los dos apoyos podemos caminar al ritmo que nos resulte cómodo. El inicio es la señal común, no una cadena que nos ate todo el tiempo.

RAFAEL: Y si alguno se equivoca, seguimos. Ningún juez de pasos nos va a quitar la licencia de familia.

(Repiten el inicio. Primera vez: la taza se queda con MARTA. Segunda vez: la pasa a RAFAEL. En la tercera, RAFAEL elige decir «sigo». Las hermanas respetan la decisión y hacen sus dos apoyos sin avanzar.)

LUCÍA: ¡Eso ha sido distinto!

RAFAEL: He improvisado una quietud. Soy un innovador.

MARTA: Lo mejor es que no tuvimos que detenernos para corregirte.

RAFAEL: ¿Ves? La taza no estorbaba. Lo que estorbaba eran tres maneras de empezar al mismo tiempo.

LUCÍA: Me comprometo a no cambiarte la mano sin pedir permiso.

MARTA: Y yo a no poner la preparación como si ya fuera el primer paso.

RAFAEL: Yo me comprometo a bailar sin hablar del armario.

MARTA: Gracias.

RAFAEL: Durante los primeros treinta segundos.

(Pausa breve para la reacción. LUCÍA mira la puerta de salida y da un paso hacia ella; las otras dos personas se quedan en sus marcas.)

LUCÍA: Debemos irnos. ¿Quién lleva la taza?

MARTA: No hace falta llevarla a la fiesta.

RAFAEL: Yo sí quiero. Es la única que ha aprendido algo sin darme instrucciones.

LUCÍA: Entonces, una última vez, para salir juntos.

(RAFAEL sostiene la taza. Los tres hacen un primer apoyo tranquilo. Él dice «voy». Las hermanas, cuando cada una termina su apoyo, responden «ya», sin exigir simultaneidad perfecta. Dan el segundo paso hacia la salida. RAFAEL ofrece la taza a MARTA, que la toma. Quedan lado a lado.)

MARTA: ¿Lista la familia?

RAFAEL: Lista no sé. Pero por primera vez estamos empezando el mismo baile.

(Salen los tres caminando. MARTA lleva la taza. Fin.)